

nadar en el gran desorden de los negocios, de las preocupaciones de toda laya de que se atestaba la cabeza. De movimientos tímidos y reservados, y, por otra parte, con cierto perfume de confesionario y de gabinete de comadrona, ofrecíase dulce y maternal, como la religiosa que, habiendo renunciado a los afectos del mundo, se compadece de los sufrimientos del corazón. No hablaba nunca de su marido, no mucho más que de su infancia, de su familia, de sus intereses. Una cosa había que no llegaba a vender, y era ella misma; no porque le asaltasen escrúpulos, sino porque la idea de semejante trato no podía ocurrírsele ni por soñación. Era seca como una factura, fría como un protesto, indiferente y brutal en el fondo como un ministril de justicia.

Saccard, recién llegado de su provincia, no pudo desde un principio descender a las delicadas profundidades de los oficios sin número que desempeñaba la señora Sidonia. Como Saccard hubiese estudiado un año de leyes, le habló un día de los tres mil millones con toda seriedad, lo que le hizo concebir una pobre idea de la inteligencia de su hermano. Fué a huronear los rincones de la casa de la calle de Saint-Jacques, caló a Angela con una mirada, y no volvió a aparecer por allí hasta que sus correrías le llamaban a aquel barrio y cuando sentía la necesidad de volver a poner sobre el tapete el asunto de los tres mil millones. Angela había tomado gusto a la historia de la deuda inglesa. La corredora se descolgaba con su monomanía y hacía chorrear el oro por espacio de una hora. Era aquel el flaco de aquel espíritu sutil, la seductora locura en que mecía su existencia perdida en miserables tráficos, el mágico señuelo con que ilusionaba a las más crédulas de sus

clientes. Convencidísima, por lo demás, acababa por hablar de los tres mil millones como de una fortuna personal, de la que sería a todas luces preciso que los jueces le hiciesen participar tarde o temprano, lo que difundía una maravillosa aureola en torno a su pobre sombrero negro, en donde se balanceaban algunas violetas sujetas a cabos de latón, cuyo metal se traslucía. Angela abría desmesuradamente los ojos. Fueron muchas las veces que habló con respeto de su cuñada a su marido, diciendo que la señora Sidonia los enriqueciera tal vez con el andar de los tiempos. Saccard se encogía de hombros; había ido a visitar la tienda del entre-suelo de la calle de Faubourg-Poissonniere, y lo que había olfateado era una quiebra inmediata. Quiso enterarse de la opinión de Eugenio tocante a su hermana; mas éste se puso serio, y se contentó con contestar que no la veía nunca, que tenía noticia de que era muy inteligente, aunque tal vez un sí es no es comprometedor. Sin embargo, en una ocasión en que Saccard volvía a la calle de Penthièvre, algún tiempo después, creyó distinguir el vestido negro de madame Sidonia salir de casa de su hermano y deslizarse rápidamente a lo largo de las casas. Corrió tras ella, mas no le fué posible dar con el vestido negro. La corredora tenía una de esas figuras insignificantes que se pierden entre la multitud. Quedóse pensativo, y desde aquel momento se dedicó a estudiar a su hermana con mayor atención. No tardó en penetrar la labor inmensa de aquel pequeño ser, pálido e indeciso, cuyo entero semblante parecía disiparse. Sintió gran respeto por ella; no podía dudarse que era de la sangre de los Rougon. Reconoció aquel insaciable afán de dinero, aquella necesidad de intriga que caracterizaba a la familia; tan sólo

que en su ser, merced al ambiente en que había envejecido, a aquel París en que había debido buscar por la mañana el pan para la noche, el temperamento común se había desviado para producir ese hermafroditismo extraño de la mujer convertida en ser neutro, hombre de negocios y zurcidora de voluntades al propio tiempo.

Cuando Saccard, después de haber fijado su plan, se puso en busca de los primeros fondos, pensó, como era natural, en su hermana. Ella movió a un lado y a otro la cabeza y suspiró hablando de los tres mil millones. Pero el empleado no le toleraba tal locura, poniéndola como chupa de dómine siempre y cuando volvía a hablar de la deuda de los Estuardos; semejante desvarío parecía que deshonoraba a una inteligencia tan práctica. La señora Sidonia, que soportaba tranquilamente las más acerbas ironías sin que sus convicciones se alteraran, le explicaba a renglón seguido con gran lucidez que no encontraría ni un sueldo por no tener garantía alguna que ofrecer. Aquella conversación se mantenía delante de la Bolsa, en donde seguramente Sidonia debía de jugar sus economías. Allá hacia las tres, había seguridad de encontrársela apoyada contra la verja, a la izquierda, del lado del correo; era allí donde daba audiencia a individuos tan ambiguos y tan indeterminados como ella. Su hermano iba a dejarla, cuando murmuró con desolado acento: "¡Ah! ¡si no estuvieses casado!"... Aquella reticencia, cuyo sentido completo y exacto se abstuvo de preguntarle, dejó a Saccard en gran modo pensativo.

Los meses transcurrieron, y la guerra de Crimea acababa de ser declarada. París, que no se sentía conmovido por una guerra lejana, se lan-

zaba con más ahinco a la especulación y al sexo hermoso. Saccard, mordiéndose los puños, asistía a aquel creciente furor que había previsto. En la gigantesca fragua, los martillos que forjaban el oro sobre el yunque le producían agitaciones de ira y de zozobra. Tal era la tensión en que se agitaban su inteligencia y su voluntad, que vivía en constante sueño, como el sonámbulo que se pasea al borde de los techos, amenazado por el látigo de una idea fija. Así fué que se sintió sorprendido y exasperado al encontrar una noche a Angela enferma y en cama. Su vida en el hogar, regulaba como un reloj, se trastornaba, lo que le sacaba de quicio, cual si se tratase de una mala partida calculada por el destino. La pobre Angela se quejaba calladito; había cogido un serio constipado. Cuando llegó el médico pareció muy inquieto; dijo al marido, en el pasillo, que su mujer tenía una pulmonía y que no respondía de ella. Desde entonces el empleado cuidó a la enferma sin enojo; dejó de ir a la oficina y se quedó a su lado, contemplándola con expresión indefinible cuando dormía, roja de calentura, jadeante. La señora Sidonia, a pesar de no entenderse con tanto negocio, encontró el medio de acudir cada noche a preparar tisanas, que consideraba como remedio portentoso. A todos sus oficios unía el de ser una enfermera por vocación, deleitándose en los sufrimientos del prójimo, en los remedios, en las conversaciones lastimeras que se entablan en voz baja en torno a los lechos de los moribundos. Por otra parte, parecía haber concebido tierna amistad por Angela; quería a las mujeres con verdadero amor, con mil monerías, por el placer sin duda que dan a los hombres, tratábalas con las delicadas atenciones que los comerciantes sienten por las cosas preciosas de

su instalación, llamándolas "Niña mía, hermosa mía"; las arrullaba y desfallecía ante ellas, como el enamorado ante su querida. Aunque estaba formada de una madera de la que nada esperaba sacar, la encatusaba como a las demás, por regla de conducta. Cuando la joven guardó cama, las efusiones de la señora Sidonia llegaron hasta derramar lágrimas, y llenó la silenciosa alcoba con su abnegación. Su hermano la veía ir de acá por allá, con los labios apretados, como embebecido en mudo dolor.

La enfermedad se agravó. Una noche el médico confesóles que la enferma no llegaría a la madrugada. La señora Sidonia había llegado desde muy temprano, preocupada, mirando a Aristides y a Angela, con sus ojos anegados, en los que parecían encenderse fugaces llamaredas. Cuando se despidió el médico, bajó la luz de la lámpara y reinó un gran silencio. La muerte entraba paso a paso en aquella habitación templada y húmeda, en donde la respiración irregular de la moribunda remedaba el desordenado tic-tac del reloj que se descompone. Ya la señora Sidonia había dejado las pociones, dejando al mal que terminase su obra. Habíase sentado delante de la chimenea, junto a su hermano, que atizaba la lumbre con mano febril, dirigiendo al lecho miradas involuntarias. Después, como enervado por aquel pesado ambiente, por aquel doloroso espectáculo, retiróse a la pieza contigua. Habían allí encerrado a Clotildita, que jugaba a las muñecas con gran discreción, sobre un pedazo de alfombra. La niña sonreía a su padre, cuando la señora Sidonia deslizándose por detrás de él, se lo llevó a un rincón y le habló en voz queda. La puerta se había quedado abierta, y se oía el ligero estertor de Angela.

—Tu pobre mujer... — sollozó la corredora, — creo que todo ha terminado. ¿Oíste al médico? Saccard se limitó a bajar lúgubrementemente la cabeza.

—Era una persona excelente — continuó la otra, hablando como si Angela no perteneciese ya al mundo de los vivos. — Podrás encontrar mujeres más ricas, más hechas al mundo; más nunca darás con un corazón semejante.

Y al detenerse enjugándose los ojos, parecía como si buscase una transición.

—¿Tienes algo que decirme? — preguntó redondamente Saccard.

—Sí, me he ocupado de ti, por aquello que sabes, y creo haber descubierto... Pero en un instante como este... Como ves, tengo el corazón destrozado.

Y volvió a enjugarse las lágrimas. Saccard la dejó obrar tranquilamente, sin pronunciar una palabra. Entonces ella se determinó a hablar.

—Se trata de una joven a quien se quería casar a toda prisa — dijo. — La pobre muchacha ha tenido una desgracia. Hay una tía que haría un sacrificio...

Se interrumpió continuó gimoteando, acompañando todas sus frases, como si continuase compadeciendo a la pobre Angela. Era aquel el modo mejor de hacer perder los estribos a su hermano y de instarle a que le hiciera preguntas para no cargar con toda la responsabilidad del ofrecimiento que le acababa de hacer. El empleado, en realidad, de verdad, se vió acometido de una sorda irritación.

—¡Vamos, acaba de una vez! — dijo. — ¿Por qué se quiere casar a esa joven?

—Acababa de salir del colegio — continuó la corredora con plañidera voz, — un hombre la ha perdido, en el campo, en casa de los parientes

de una de sus amigas. El padre acaba de percatarse de la falta. Quería matarla. La tía, para salvar el honor de la niña, se ha constituido en su cómplice, y, ambas de acuerdo, han contado al padre toda una historia; hanle dicho que el culpable era un honrado muchacho, que tan sólo pedía reparar su extravío de una hora.

—Entonces — dijo Saccard en tono de sorpresa y como enfadado, — el joven del campo se va a casar con la joven?...

—No, no puede, porque es casado.

Tuvo lugar un breve silencio. El estertor de Angela oíase, más doloroso aun, en el estremecido ambiente. La niña Clotilde había acabado de jugar; miraba a la señora Sidonia y a su padre, con sus grandes ojos de niño soñador, como si hubiese comprendido sus palabras, Saccard se puso a hacer cortas preguntas:

—¿Qué edad tiene la joven?

—Diez y nueve años.

—¿De cuánto es el embarazo?

—De tres meses. Sin duda vendrá el aborto.

—¿Y la familia es rica y honrada?

—De la antigua burguesía. El padre fué magistrado. Una bonita fortuna.

—¿A cuánto ascendería el sacrificio de la tía?

—A cien mil francos.

Hubo un nuevo silencio. La señora Sidonia no lloriqueaba ya; se hallaba en el negocio y su voz se revestía de los metálicos sonidos de la revendedora que discute un ajuste. Su hermano, mirándola por lo bajo, agregó con alguna vacilación:

—Y tú ¿qué es lo que quieres?

—Ya veremos más adelante—contestó.—A tu vez me prestarás un servicio.

Y esperó unos segundos; mas como su hermano se callase, le preguntó sin ambages:

—Y bien, ¿qué es lo que decides? Esas pobres mujeres se encuentran en la mayor desolación. Quieren evitar un escándalo. Han prometido declarar al padre mañana mismo el nombre del culpable... Si aceptas, voy a enviarles una de tus tarjetas de visita por medio de un dependiente.

Saccard pareció que despertaba de un sueño; estremeciéndose y se volvió amedrentado del lado de la habitación vecina, en donde había creído oír un ligero ruido.

—Pero si no puedo—dijo con angustia,—bien sabes que no puedo...

La señora Sidonia le miraba fijamente, con semblante frío y desdeñoso. Toda la sangre de los Rougon, todas sus ardientes concupiscencias le subieron a la garganta. Tomó una tarjeta de la cartera y se la dió a su hermana, quien la metió en seguida en un sobre, después de haber rascado la dirección con todo cuidado. Bajó las escaleras sin pérdida de momento; apenas eran las nueve.

Saccard, habiéndose quedado solo, fué a apoyar la frente contra los helados cristales. Olvidóse de sí mismo hasta el punto de tocar la retreta sobre el cristal, con las yemas de los dedos. Pero la noche era tan oscura, las tinieblas del exterior se amontonaban en tan extrañas masas, que sintió un gran malestar, y maquinalmente volvió a la habitación en que Angela se moría. Habíase olvidado de ella, y experimentó una sacudida terrible al encontrarla medio incorporada sobre las almohadas; tenía los ojos del todo abiertos, y una ola de vida parecía haberle subido a las mejillas y a los labios. Clotildita, siempre con su muñeca, se hallaba sen-

tada en el borde de la cama; en cuanto su padre hubo vuelto la espalda, se había deslizado a toda prisa a aquella habitación, de la cual se la había alejado, y a donde la volvía su alegre curiosidad de niña. Saccard, llena la cabeza con la historia de su hermana, vió su sueño echado por tierra. Un horrible pensamiento debió de brillar en sus ojos, pues Angela, llena de espanto, quiso lanzarse al fondo de la cama, contra la pared; mas la muerte se acercaba, aquel despertar en la agonía era la claridad suprema de la lámpara que se extinguía. La moribunda no se pudo mover; rindióse más y más y siguió con los ojos desmesuradamente abiertos fijos en su marido, como para vigilar sus movimientos. Saccard, que había creído en una resurrección diabólica, evocada por el destino para hundirle en la miseria, se tranquilizó al persuadirse de que a la desdichada no le quedaba ni una hora que vivir. Tan sólo experimentó un mal-estar insoportable. Los ojos de Angela decían que había oído la conversación de su marido con la señora Sidonia y que temía que la estrangulase, si no se moría bastante de prisa. Y permanecía aún en sus ojos la horrible extrañeza de una naturaleza dulce e inofensiva, al darse cuenta, en la postrera hora, de las infamias de este mundo, y estremeciéndose al pensar en los largos años pasados al lado de un bandido. Poco a poco su mirada fué dulcificándose; ya no tuvo miedo y debió de excusar a aquel miserable, al pensar en la encarnizada lucha que sostenía desde hacía tanto tiempo con la fortuna. Saccard, perseguido por aquella mirada de moribunda, en la que leía tan interminable reproche, se apoyaba en los muebles y buscaba los rincones más oscuros. Después, desfallecido, quiso arrojar de sí aquella pesadilla que le volvía loco y

se adelantó en la claridad de la lámpara. Pero Angela le hizo señal de que no hablase. Y le miraba siempre con aquel aspecto de espantada angustia, en el que se mezclaba ahora una promesa de perdón. Entonces el esposo se inclinó para tomar a Clotilde en sus brazos y llevársela a la otra habitación; pero Angela, con un movimiento de los labios, se lo volvió a impedir; exigía que la niña permaneciese allí. Y se extinguió dulcemente, sin apartar de él su vista, y a medida que él palidecía, aquella mirada se revestía de mayor dulzura. Estuvo perdonándolo hasta su último suspiro, y murió como había vivido, tranquilamente, desvaneciéndose en la muerte, tras de haber permanecido inadvertida toda su existencia. Saccard se quedó estremecido ante los ojos de la difunta, que se habían quedado abiertos y continuaban persiguiéndole en su inmovilidad. Clotilde mecía su muñeca sobre un extremo de la sábana, muy calladito, para no despertar a su madre.

Cuando la señora Sidonia volvió, todo había concluido. Con un movimiento de los dedos, como mujer acostumbrada a aquella operación, cerró los ojos a Angela, lo que quitó a Saccard un gran peso de encima. Después, así que hubo acostado a la niña, hizo, en un abrir y cerrar de ojos, el arreglo de la cámara mortuoria. Luego que hubo encendido un par de bujías sobre la cómoda y extendido cuidadosamente la sábana hasta la barba de la muerta, dirigió en torno suyo una mirada de satisfacción y se acomodó en el fondo de una butaca, en donde dormitó hasta la llegada de la aurora. Saccard pasó la noche en la habitación inmediata, escribiendo esquelas mortuorias. A ratos interrumpía esta operación, se distraía y escribía columnas de números en pedazos de papel.

La tarde del entierro, la señora Sidonia se llevó a Saccard a su entresuelo, en donde se tomaron grandes resoluciones. El empleado determinó enviar a Clotildita a uno de sus hermanos, Pascual Rougón, médico de Plassans, que vivía a lo soltero, en el amor de la ciencia, y quien, en más de una ocasión, le había ofrecido quedarse con su sobrina, para regocijar su silenciosa casa de sabio. La señora Sidonia le dió en seguida a comprender que no podía habitar por más tiempo en la calle de Saint-Jacques. Le alquilaría por un mes un cuarto elegantemente amueblado, en los alrededores del Ayuntamiento; procuraría encontrar la citada habitación en una casa burguesa, para que pareciese que los muebles le pertenecían. En cuanto al mobiliario de la calle de Saint-Jacques, sería vendido, con el objeto de borrar hasta las menores huellas del pasado. El dinero lo emplearía en comprar una canastilla y vestidos convenientes. Tres días después, la niña fué entregada en manos de una anciana señora, que precisamente regresaba al Mediodía. Y Aristides Saccard, triunfante, con las mejillas coloradas y hasta más gruesas en tres días, por las primeras sonrisas de la fortuna, ocupada en el Marais, calle de Payenne, en una casa severa y respetable, una linda habitación compuesta de cinco piezas, en las que se paseaba con sus bordadas zapatillas. Era aquella la habitación de un joven sacerdote, que había partido súbitamente para Italia, y cuya sirvienta había recibido orden de buscarle inquilino. La criada era amiga de la señora Sidonia, quien tenía cierto apego al solideo; quería a los curas, con cariño igual al que sentía por las mujeres, por instinto, estableciendo quizás cierto parentesco entre las sotanas y las faldas de seda. Desde entonces Sac-

card se halló dispuesto; compuso su papel con el arte más exquisito, y esperó sin pestañear las dificultades y las delicadezas de la situación que había aceptado.

La señora Sidonia, en la horrorosa noche de la agonía de Angela, había contado fielmente en breves palabras el asunto de la familia Béraud. El jefe, el señor Béraud Du Chatel, respetable anciano de sesenta años, era el último representante de una antigua familia burguesa, cuyos títulos alcanzaban mayor antigüedad que los de ciertas familias linajudas. Uno de sus antepasados fué compañero de Esteban Marcel. En el 93 su padre murió en el cadalso, después de haber saludado a la república con todos sus entusiasmos de burgués de París, por cuyas venas corría la revolucionaria sangre de la ciudad. El por su parte era uno de aquellos republicanos de Esparta, que soñaban un gobierno de entera justicia y de sabia libertad. Envejecido en la magistratura, en la que había adquirido una rigidez y una severidad profesionales, presentó su dimisión de presidente de cámara, en 1851, cuando el golpe de Estado, después de haberse negado a formar parte de una de aquellas comisiones mixtas que deshonraron la justicia francesa. Desde aquella época, vivía solitario y retirado en su hotel de la isla de San Luis, que se encontraba situado al extremo de la misma, casi frontero al hotel Lambert. Su esposa había muerto joven. Algún drama secreto, cuya herida manaba sangre aún, debió de ensombrecer más y más el grave rostro del magistrado. Tenía ya una hija de ocho años, Renata, cuando su esposa espiró, al dar a luz una segunda hija. Esta, a quien pusieron por nombre Cristina, fué recogida por una hermana del señor Béraud Du Chatel, casada con el notario

BIBLIOTECA DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA DE LA CIUDAD DE MONTERREY

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Aubertot. Renata fué llevada al convento. La señora de Aubertot, que no tenía hijos, concibió por Cristina una ternura maternal, y la educó a su lado. Habiendo muerto su esposo, devolvió la niña a su padre, y ella se mantuvo entre aquel anciano silencioso y aquella rubia sonriente. Renata fué olvidada en el colegio. En las vacaciones era tanto el zipizape que movía en el hotel, que su tía lanzaba un gran suspiro de satisfacción cuando al fin la devolvía a las Damas de la Visitación, en donde se hallaba de pensionista desde la edad de ocho años. No salió del colegio hasta que cumplió los diez y nueve, y esto fué para pasar un verano en casa de los padres de su amiga Adelina, que poseían, en el Nivernés, una hermosísima hacienda. Cuando volvió en octubre, la tía Isabel se hizo cruces al verla tan seria y en extremo triste. Una noche hallóla ahogando sus sollozos en la almohada, y retorciéndose en el lecho, pasto de un ataque de dolorosa locura. En el abandono de su desesperación, la joven le contó una dolorosa historia: un hombre de cuarenta años, casado, y cuya mujer joven y hermosa, se hallaba allí, la había violentado en el campo, sin que hubiese sabido ni osado defenderse. Confesión semejante aterrorizó a la tía Isabel, y se acusó a sí misma como si hubiese sido su cómplice; su preferencia por Cristina la llenaba de angustia, pensando que si de igual manera hubiese conservado a su lado a Retana, la pobre niña no habría sucumbido. Desde entonces, para desechar de su mente tan torcedor remordimiento, cuyo sufrimiento exageraba aún más su tierno carácter, quiso amparar a la culpable; tembló la cólera del padre, a quien ambas dieron a conocer la horrible verdad por la exageración misma de sus precauciones; en el azo-

ramiento de su solicitud, inventó aquel extraño proyecto de matrimonio, que, a su modo de ver, podía arreglarlo todo, sosegaría al padre y haría entrar a Renata en el mundo de las mujeres honradas, no queriendo ver el lado vergonzoso, así como tampoco sus consecuencias fatales.

No se supo nunca cómo madama Sidonia se las compuso para olfatear tan excelente negocio. El honor de los Béraud se había confundido en su cesta con las protestas de todas las muchachas de París. Cuando llegó a sus oídos la historia, casi enteró de ella a su hermano, cuya mujer se hallaba en las últimas. La tía Isabel acabó por persuadirse de que ella era la que debía de estar agradecida a aquella mujer tan dulce, tan humilde, que tan a la devoción se presentaba de la desventurada Renata, hasta ofrecerle un marido de su propia familia. La primera entrevista de la tía con Saccard se realizó en el entresuelo de la calle del Faubourg-Poissonnière. El empleado, que había llegado por la puerta cochera de la calle del Papillon, comprendió, al ver llegar a la señora de Aubertot por la tienda y la escalerilla, el ingenioso mecanismo de aquellas dos entradas. Mostróse lleno de tacto y de discreción. Trató el matrimonio como un negocio, pero como hombre de mundo que saldaría sus deudas de juego. La tía Isabel se hallaba mucho más estremecida que él; balbuceaba y no se atrevía a hablarle de los cien mil francos que había prometido. El fué quien primero sacó a relucir la cuestión del dinero, con el ademán del abogado que discute el asunto de un cliente. En su sentir, cien mil francos constituían una cantidad ridícula para el marido de la señorita Renata. Subrayaba un tanto la palabra "señorita". El señor

Béraud Du Chatel despreciaría aún más a un yerno pobre; acusaría de haber seducido a su hija por su fortuna, y tal vez hasta abrigaría la idea de entablar secretamente una información. La señora de Aubertot, espantada, desfavorida ante la palabra tranquila y cortés de Saccard, perdió la cabeza y consintió en duplicar la suma, así que él hubo declarado que con menos de doscientos mil francos, nunca osaría pedir a Renata, pues no quería ser tomado por un indigno cazador de dotes. La buena señora se despidió llena de turbación, no sabiendo ya lo que debía pensar de un mozo que abrigaba tales indignaciones y que aceptaba, no obstante, semejante trato.

Esta primera entrevista fué seguida de una visita oficial que la tía Isabel hizo a Aristides Saccard en su habitación de la calle de Payenne. Aquella vez iba en nombre del señor Béraud. El antiguo magistrado se había negado a ver a "aquel hombre", como llamaba al seductor de su hija, mientras no estuviese casado con Renata, a la que por igual modo había cerrado la puerta de su casa. La señora de Aubertot tenía plenos poderes para tratar. Sintióse muy complacida a la vista del lujo del empleado; había temido que el hermano de aquella señora Sidonia, de tan estropeado traje, no fuese un granuja. Recibióla puesto de elegante bata. Era aquella la época en que los aventureros del 2 de diciembre, después de haber pagado sus deudas, arrojaban a las cloacas sus destaconadas botas y sus levitas de raídas costuras, se afeitaban sus barbas de ocho días y se convertían en hombres de buen tono. Saccard figuraba, en fin, en este número, limpiábase las uñas y ya no se lavaba sino con polvos y perfumes de gran precio. Mostróse galante; cambió de táctica y apa-

reció dominado por prodigioso desinterés. Cuando la anciana señora habló del contrato, hizo él una mueca como para indicar que aquello no se le daba un bledo. Hacía ocho días que hojeaba el Código y meditaba sobre tan grave cuestión, de la que dependía, andando el tiempo, su libertad de enredador de negocios.

—Por favor — dijo, — concluyamos con esta desagradable cuestión de dinero... Mi opinión es que la señorita Renata debe quedar dueña de su fortuna y yo de la mía. El notario arreglará todo esto.

La tía Isabel aprobó aquel modo de apreciar las cosas; temblaba a la idea de que aquel mozo, cuya férrea mano sentía por modo vago, no quisiese meter los dedos en la dote de su sobrina. Acto seguido habló de aquella dote.

—La fortuna de mi hermano — dijo, — consiste principalmente en haciendas y en inmuebles. No es hombre capaz de castigar a su hija cercenando la parte que le destinaba. Le cede una hacienda en el Sologne apreciada en trescientos mil francos, a sí como también una casa, situada en París, que se evalúa en unos doscientos mil francos.

Saccard se sintió deslumbrado; no esperaba tamaña cantidad; y medio se volvió a otro lado para no dejar ver la oleada de sangre que le subía al rostro.

—Todo esto compone — continuó la tía, — quinientos mil francos; mas no debe ocultar a usted que la propiedad del Sologne no produce más que dos por ciento.

Sonrióse y repitió su desinteresada mueca, queriendo significar que aquello no le iba ni le venía, ya que se negaba a inmiscuirse en la fortuna de su mujer. Mantenía en su sillón, una actitud de seductora indiferencia, distraído, ju-

gando con el pie con las chinelas y pareciendo escuchar por mera cortesía. La señora de Aubertot, con su bondad de alma vulgar, hablaba con dificultad y elegía las palabras para no herirle en su dignidad. Y repuso:

—Por último, quiero por mi parte hacer un regalo a Renata. No teniendo hijos, mi fortuna recaerá un día en mis sobrinas, y no porque una de ellas esté agobiada de dolor, he de cerrar hoy la mano. Los regalos de ambas, por lo que respecta al matrimonio, están preparados. El de Renata consiste en varios terrenos situados al lado de Charonne, que creo poder valorar en doscientos mil francos. Tan sólo que...

Al oír la palabra terreno, Saccard experimentó un ligero estremecimiento. En medio de su afectada indiferencia, escuchaba con profunda atención. La tía Isabel se turbaba, y sin duda no daba con la frase; así fué que subiéndole la sangre al rostro prosiguió:

—Tan sólo deseo que la propiedad de estos terrenos vayan a parar al primer hijo de Renata. Ya comprenderá usted mi intención, no quiero en modo alguno que este niño pueda convertirse un día en una carga para usted. En el caso de que muriese, Renata habría de quedar siendo su única propietaria.

Saccard no dijo una palabra, pero sus enarcadas cejas anunciaban una gran preocupación interior. Los terrenos de Charonne despertaban en él todo un mundo de ideas. La señora Aubertot temió haberle ofendido al hablar del hijo de Renata, y se quedó cortada, sin saber cómo reanudar la conversación.

—¿Me ha dicho usted la calle en que se encuentra el inmueble de los doscientos mil francos?—preguntó volviendo a su tono de ingenuidad sonriente.

—Calle de la Pépinière—contestó,—casi en la esquina de la calle de Astorg.

Tan sencilla frase produjo en el ánimo de Aristides un efecto decisivo. No fué ya dueño de su alborozo; acercó el sillón, y con su volubilidad provenzal y su voz salamera, dijo:

—Mi querida señora, todo quedá convenido. ¿Habremos de volver a hablar de ese maldito dinero?... Mire usted, quiero confesarme a usted con toda franqueza, pues sentiría en el alma no llegar a merecer su estimación. He perdido a mi esposa hace poco, tengo dos hijos y me creo hombre práctico y razonable. Al casarme con su sobrina de usted, hago un buen negocio a los ojos de todo el mundo. Si algunas preveniciones le quedan a usted en contra mía, ya me perdonará usted más adelante, cuando haya enjugado las lágrimas de todos y enriquecido hasta mis tataranietos. El buen éxito es una llama dorada que todo lo purifica. Quiero que hasta el mismo señor Béraud me tienda la mano y me dé las gracias.

Y abstrayéndose, prosiguió hablando por largo rato con cinismo tan burlón, que se traslucía a veces al través de su aspecto de hombre bondadoso. Habló de su hermano el diputado, de su padre el recaudador de contribuciones de Plasans. Concluyó por hacer la conquista de la tía Isabel, la cual veía, con alegría involuntaria, bajo las hábiles manos de aquel hombre, terminarse en comedia casi divertida el terrible drama que de un mes a aquella parte venía siendo su terrible pesadilla. Quedó convenido en que irían a a casa del notario al día siguiente.

En cuanto la señora de Aubertot se hubo retirado, se dirigió al Ayuntamiento, en donde pasó el día hojeando ciertos documentos que le eran conocidos. En casa del notario, presen-